

XII. LOS GOCES DE LA AMISTAD

¿Quién no conoce los goces de la amistad fiel, constante y tierna, que por igual comparte entre uno y otro la alegría? Es la amistad nuestra única riqueza, nuestro último refugio, nuestra postrera fuerza. Es la defensa contra el infortunio y las asechanzas del mundo.

La íntima amistad revela los profundos secretos de nuestros corazones. ¿Hay en el mundo algo más sagrado que la inegoísta y devota amistad? Sin embargo, en vez de cultivarla y mantenerla menospreciamos su valía con nuestra negligencia.

Una de las razones de que muchas gentes tengan pocos amigos es que se muestran tan parcos en dar como afanosos en recibir; pero quien fomenta cualidades amables y atractivas se ve rodeado de sinceros amigos.

Por lo general atendemos, ante todo, a nuestro negocio, sin advertir que también debiéramos considerar como negocio la amistad y conceder a nuestros amigos una parte del tiempo. ¿No lo merecen acaso?

Nada en el mundo más hermoso que la seguridad de tener amigos cariñosos, fieles, serviciales, cuyo afecto no dependa de las vicisitudes de fortuna, sino que más todavía nos amen en la desgracia que en la prosperidad. La confianza en los verdaderos amigos es un perpetuo estímulo, pues nos alienta y anima para portarnos lo mejor posible cuando sentimos que en nosotros creen y esperan, mientras hay quien nos ataca por no entendernos. En verdad, no hay estímulo ni ayuda ni gozo más eficaces e intensos que los de la amistad íntima y sincera. Bien dijo Cicerón:

Si la amistad desapareciera de la vida, fuera lo mismo que si se apagara el sol, porque nada mejor ni más deleitoso hemos recibido de los dioses inmortales.

Gran cosa es tener amigos entusiastas que se interesen constantemente por nosotros y por nosotros trabajen en toda ocasión, alentándonos con estimulantes palabras siempre que convenga, y que, al propio tiempo soporten nuestras impertinencias, escuden nuestras debilidades, deshagan las calumnias y mentiras que nos perjudiquen, desvanezcan las malas impresiones, nos pongan en buen lugar cuando necesitemos quien nos defienda en ausencia, desbaraten los prejuicios levantados por algún error o tropiezo y estén siempre dispuestos a nuestro mejoramiento y auxilio.

¡Qué figura tan deslucida haríamos muchos de nosotros si no fuese por nuestros amigos! ¡Cuán mala y turbia fama tendríamos muchos de nosotros, a no desviar nuestros amigos los crueles golpes que el mundo nos asesta y verter el salutífero bálsamo de la amistad en nuestras heridas! Aun en el orden económico no prosperaríamos sin el apoyo de la cohorte de amigos que nos proporcionan clientes, trabajo y negocios para desembarazarnos todo lo posible el camino.

Gran alivio de nuestras flaquezas, errores, defectos y tropiezos son los verdaderos amigos que disimulan nuestras faltas y cubren con el manto de la amistad nuestras imperfecciones.

Ciertamente que fuera este mundo estúpido, árido, ingrato, desolado y frío sin los amigos que en nosotros creen, aunque los demás nos detracten; sin los amigos que nos aman, no por lo que tenemos, sino por lo que somos.

Los que nos estiman y en vez de contrariar favorecen la confianza que hemos de tener en nosotros mismos, reduplican nuestra eficiencia, pues ante ellos nos sentimos con fuerzas suficientes para llevar a cabo cualquier tarea. Tal fue el secreto de la maravillosa actividad de Felipe Brooks, que, henchido de profunda fe en las posibilidades humanas, despertó en algunos jóvenes de mediana posición las fuerzas latentes en su interior, de modo que se sentían gigantes en su presencia, por el estímulo que les daba para realizar lo que de otro modo no se hubieran creído capaces. Tenía Brooks la dichosa facultad de infundir en las gentes el sentimiento de la propia dignidad, que afirmaba la confianza en las fuerzas personales, acrecía su entusiasmo por el bien, les con-

vencía de lo vil y despreciable de mirar hacia abajo, pudiendo mirar hacia arriba; de arrastrarse, pudiendo volar; de sumirse en bajezas, cuando tan altas obras les era posible realizar. Su presencia animaba al tímido, decidía al vacilante y transmutaba en positivo al negativo.

¿Quién será capaz de estimar el valor de tan enaltecedora influencia? El verdadero amigo nunca nos molesta con la representación de nuestra inferioridad o flaqueza, sino que, por el contrario, nos empuja para ayudarnos a subir.

El amigo sincero influye poderosamente en el rumbo de nuestra vida, y gracias al leal sentimiento de amistad se libraron muchos de la desesperación y no desistieron de luchar por la victoria. ¡Cuántos vencieron la tentación del suicidio al pensar que alguien les amaba y en ellos creía! Muchas vidas tuvieron su punto de salvación en el apretón de manos o en la alentadora palabra de un amigo.

Una de las obras más meritorias es favorecer con nuestra amistosa asistencia a quien, falto de dignidad y de dominio propio, se sume en algún vicio. Sé de un hombre que, esclavo de la bebida, se vio despreciado aun por su propia familia y le abandonaron sus padres y esposa; pero un amigo se le mantuvo fiel en tan ingratas circunstancias y le siguió de cerca en sus nocturnas disipaciones, logrando salvarle más de una vez de la muerte cuando el alcohol le embotaba los sentidos. Vencido el hombre por la cariñosa solicitud de tan firme amistad, recobró su cordura y determinóle a que la enmienda de su vida le abriese las puertas del hogar. ¿Hay en el mundo oro suficiente para pagar semejante amistad?

¿Quien, cuando la justicia lo exige, oculta la verdad por no apenar a un amigo, es menos valioso que el rigurosamente justo, franco y sincero. La verdadera amistad no puede apoyarse en la simulación y el engaño. La sinceridad es el meollo del verdadero amigo.

Para emprender un negocio ¿qué capital aventaja en valor a la abundancia de amigos? Muchos comerciantes, hoy en plena prosperidad, hubieran desmayado ante las dificultades de la lucha en los momentos críticos de su vida, a no ser por la amistad sincera que les levantó el ánimo.

Nadie puede disfrutar verdaderamente de la vida sin los goces de la amistad, ni es posible que coseche frutos si permanece enteramente aislado, porque el valor de la vida está en el cariñoso trato y afable comunicación con nuestros semejantes.

Alguien ha dicho que la infelicidad es el hambre de adquirir y la felicidad el hambre de dar.

La amistad no es individual negocio, sino intercambio de cualidades anímicas, pues la verdadera amistad ha de ser recíproca y no es posible que quien lo reciba todo sin dar nada experimente los goces de la plena e íntima amistad.

Muchos viven con el corazón apenado porque se retraen de sus amigos y no advierten que la amistad es salutífero bálsamo para multitud de dolencias psíquicas. La tierna simpatía del amigo tiene poder sobrado para desvanecer las sombras de la desesperación con el fulgor de la esperanza y la alegría.

Hay quienes se sienten solos en la vida y suspiran por ganar amigos y obtener el amor y estimación de los demás; pero todos los esquivan y rehuyen su trato, porque hay en su persona algo que repele. Estas gentes son, por lo general, muy quisquillosas y altaneras y les sorprende verse rehuidas y esquivadas, sin acertar a descubrir que en sí mismos está la causa de semejante desvío.

En la amistad entra por mucho la admiración; y así hay quienes no son capaces de ganar amigos porque carecen de las cualidades a propósito para estimular otras igualmente nobles en los demás. Quien esté cuajado de defectos no espere interés de nadie. El despiadado, intolerante, huraño, egoísta, mezquino e hipócrita no se aquistarán jamás la simpatía de los caracteres magnánimos, nobles y generosos.

El temperamento jovial, el deseo de difundir gozo y alegría y de auxiliar a todo el mundo son elementos maravillosamente favorables a la amistad. Las virtudes que enriquecen el corazón han de dimanar del dulce, luminoso y saludable temple de alma.

Hay gentes que por doquiera que van difunden luz y gozo y disipan las sombras e iluminan los apesadumbrados corazones.

¡Cuán pronto alcanzaríamos la plenitud de los goces si viésemos un hermano en el ser más infeliz y mirásemos a todo el mundo con la caritativa mirada que descubre la imagen de Dios en el hombre más vil, un filántropo en el más tacaño, un héroe en el más cobarde, y dijésemos: “No condenéis a este hombre. Hay en él algo divino que alguien puede evocar.”

Si queréis ser felices, tened el carácter franco y amable y el espíritu gozoso. No escatiméis la cordialidad, el auxilio y la cortesía. Dad a todo ser humano lo mejor de que dispongáis cuando la ocasión lo requiera. Tratad afablemente a cuantos os rodeen, portaos generosamente y veréis con sorpresa cómo se dilata vuestra vida y se explaya vuestra alma y toda vuestra naturaleza se realza y enriquece. No temáis decir a vuestros amigos que los amáis y señaladles las cualidades que admiráis en ellos; pero no os envanezcáis demasiado de vuestra amistad. No los entibiéis privándolos de vuestra comunicación con prolongadas ausencias o dejando de visitarles cuando os sea posible.

Tan sólo *hallará* su vida quien la *pierda* y regiamente la dé en amoroso y auxiliador servicio. Esta es la siembra que rinde abundosa cosecha. Quien recibe cuanto puede sin dar nada, no conoce la verdadera riqueza. Es como labrador que recelase de esparcir la simiente, creído de que reteniéndola en las trojes habría de ser más rico. No lo entrega al suelo porque no acierta a ver la cosecha en la siembra. Más que lo adquirido por nosotros mismos en el mundo, nos importa el auxilio que para adquirir hemos prestado a los demás.

Sin duda que Abraham Lincoln fue el hombre más rico de toda América, porque se entregó enteramente a su país y no quiso vender sus aptitudes al mejor postor ni codiciaba pingües emolumentos. Lincoln vive en la historia porque pensó mucho más en sus amigos (y lo fueron todos sus conciudadanos) que en el lucro personal. Se dio a su patria como el labrador prudente da la semilla a la tierra; y ¡cuán copiosa cosecha ha rendido aquella siembra! Nadie la verá consumida.

Uno de los más tristes aspectos de nuestra acérrima vida americana es la terrible sofocación de la amistad por cuantos van a caza del vil metal. ¿Hay algo más desolador en este mundo que tener mucho dinero

y ningún amigo leal? ¿De qué sirven los éxitos puramente materiales si para lograrlos hemos sacrificado la amistad y los más valiosos tesoros de la vida? Podremos tener multitud de conocidos, pero los conocidos no son amigos. Hay muchos ricos que apenas conocen el lujo de la verdadera amistad, pues no merece este nombre el postizo afecto que nos halaga en la prosperidad, mientras podemos dar dinero o influjo, y nos olvida en el infortunio. La verdadera amistad es tan constante en las tinieblas de la desgracia como en los esplendores de la dicha.

Valiosas cualidades de carácter demuestra quien abre fácilmente su ánimo a la amistad y en ella persevera igualmente en prósperas o adversas circunstancias, porque los malvados y los tontos son incapaces de inspirar firmes amistades. Podemos confiar, por lo general, en el hombre que nunca vuelve la espalda a los amigos, pues el desleal no es capaz de sentir la verdadera amistad.

Hemos de estimar la valía de los amigos, según la influencia que ejerzan sobre nuestro espíritu. Dice Hillis que el destino está determinado por la amistad y que un joven puede asegurar o comprometer su porvenir según las amistades que mantenga o desdeñe. Los amigos íntimos matizan nuestro carácter y tomamos su color, sea blanco o negro, y nos asimilamos sus nobles o viles cualidades. Dice a este propósito Carlos Kingsley:

Los hombres son falsos, si conviven con mentirosos; cínicos, si con desvergonzados; ruines, si con avaros; vanidosos, si con presumidos; y, en general, se asimilan los vicios de las gentes de su intimidad.

Únicamente podemos adquirir lo que damos. Los amigos son la cosecha de la sembrada amistad. Si la simiente es pobre, también lo será la cosecha, pues para tener abundancia de buenos amigos es preciso sembrar también abundantemente la simpatía, la solicitud, la admiración, el servicio y el amor. La sincera amistad puede enriquecer y alegrar nuestra vida más intensamente que todos los tesoros de Indias.

Dice Ella Wheeler Wilcox:

Siempre pensé que la amistad es camino de la dicha, y que un espíritu amplio es capaz de muchas y verdaderas amistades, pues cada amigo nos atrae por distinto motivo. Los amigos son los libros del

corazón. El amigo serio es un tratado de filosofía; el jocosos, un libro humorístico; y lo mismo puede decirse del poeta, el novelista y el historiador. Pero así como en una biblioteca no hay libro incompatible con otro en nuestra mente, así tampoco los amigos se excluyen mutuamente de nuestro corazón.

Sin embargo, el pesimista dirá que toparemos con falsos amigos cuya mentida amistad nos desilusiona con mayor pena que gozo pudiera darnos la verdadera, y así nos aconsejará precavernos contra el despertar de un mal sueño.

A pesar de todo, tuve mi opinión y contraí muchas amistades. Se rompieron algunas y sufrí por ello; pero entre todas, penetró en mi corazón una tan intensamente fiel, que allí quedó para siempre. En el amigo sincero y digno de la verdadera amistad está el camino de la verdadera y perdurable dicha.

Shakespeare nos enseña a distinguir entre el amigo verdadero y el falaz, diciendo:

Quien de veras sea tu amigo, te socorrerá en la necesidad, llorará si te entristeces, no podrá dormir si tú velas y compartirá contigo las penas del corazón. Estos son signos seguros para distinguir al fiel amigo del adúlador enemigo.